

De la transición internacional al aprendizaje de la democracia:

“Aprendizaje impuesto no por instrucción obligatoria, sino adquirido a través del diálogo y la reflexión”

Laurence Whitehead

Investigador Principal, Nuffield College, Oxford

Official Fellow in Politics at Nuffield College, Oxford University, and Senior Fellow of the College.

info@nuffield.ox.ac.uk

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-1088-9806>

Recepción: 15/08/18 Aceptación: 15/10/18

Comencé mi carrera en este campo como uno de los autores y editores del proyecto de cuatro volúmenes “Transiciones del gobierno autoritario” publicado por John Hopkins University Press hace treinta y un años. Empezaré este discurso reflexionando sobre la evolución de la relación entre los conceptos respectivos de “transición” y “aprendizaje”.

Los “transitólogos” fundacionales estábamos tratando de abordar un tema bastante específico, impulsado en particular por el sorpresivamente suave y completo cambio de

España de la dictadura desvergonzadamente represiva de Franco a su régimen sucesor constitucional y democrático, apuntamos a identificar los caminos dinámicos que también podrían ser aplicables en otros países comparables en ese momento.

En la práctica, nos limitamos a los regímenes autoritarios contemporáneos conservadores de América Latina y el sur de Europa. Solo más tarde se extendió la “transitología” a los estados poscomunistas, los regímenes de un partido en África, etc. Nuestro enfoque inicial fue, por lo tanto, en estados

soberanos bien establecidos con extensas historias de gobierno constitucional, incluyendo elecciones, presidencias de período fijo, cortes supremas, etc. Por esa razón, no necesitamos colocar el “aprendizaje” sobre los aspectos básicos de la práctica democrática y la normatividad a la vanguardia de nuestro análisis. Podríamos tomar procesos de formación de estados y educación cívica como condiciones de fondo (muchas veces débiles y desiguales, pero en cualquier caso de mucha información) en lugar de variables clave para ser explicadas independientemente.

Los transitólogos siempre han sido conscientes de que el aprendizaje era de importancia en el curso de la democratización y, en particular, prestaron atención a las formas en que la reescritura de las “reglas del juego político” promovería y requeriría la reeducación política primero de los actores clave y luego también de la ciudadanía en general.

El trabajo posterior sobre “aprender a perder” subrayó la importancia de establecer procesos electorales confiables a través de los cuales se pudieran alargar los horizontes políticos para que aquellos que fueron derrotados en un concurso practiquen la paciencia y aprendan de los errores para ser más competitivos en la siguiente iteración. A medida que surgieron transiciones en una gama más amplia de contextos, opinamos que incluso en ausencia de una experiencia democrática previa, se podrían encontrar caminos, aunque podrían ser más prolongados, erráticos y propensos a retrocesos.

Tres décadas más tarde tenemos mucha más evidencia comparativa para trabajar, ya que los estudios de democratización han abarcado todas las regiones del mundo, en muchos contextos nacionales más diversos, a menudo poco prometedores. Una lección general que se puede extraer de todas estas experiencias es que los procesos de democratización son típicamente trayectorias políticas a largo plazo, complejas, multidimensionales y, al menos, parcialmente reversibles. Claramente, cuando se les examina desde esta perspectiva comparativa más amplia, el papel del aprendizaje democrático vuelve al primer plano. En su sentido más inclusivo, esto se refiere a una gama de actividades de socialización política que pueden tener lugar antes del comienzo de una transición democrática, así como las derivadas del cambio de régimen en sí mismo, junto con procesos de aprendizaje que se extenderán mucho más allá del punto de partida del nuevo orden institucional democrático.

Entonces, ¿qué implica exactamente el “aprendizaje democrático”? Debe entenderse como un proceso continuo, colectivo, discursivo y adaptativo. Como se indica en el ejemplo de “aprender a perder” ya citado, esto incluye algunas ideas complejas, incluso contraintuitivas: formas de actuar en la sociedad que, por decirlo suavemente, tienden a contradecir algunos otros impulsos humanos fuertes y recurrentes. Requiere la capacidad de anticipar y sopesar no solo las consecuencias inmediatas de una acción, sino también varios pasos que van más allá. Eso requiere paciencia y la disposición para trabajar con horizontes de tiempo alargados.

Además, los beneficios democráticos suelen estar socialmente dispersos en lugar de beneficios personales directamente calculables. Valorarlos requiere un sentido de interés colectivo, comunidad y empatía hacia los que no son cercanos a nosotros. De hecho, tal aprendizaje depende de desarrollar una comprensión de la historia del grupo, una capacidad para el segundo mejor razonamiento, un sentido de confianza en las instituciones públicas y una tolerancia a la diferencia. Esto implica no solo el despliegue de la razón, sino también la expresión de emociones adecuadamente controladas. Todas estas son formas complejas de comportamiento aprendido. Los buenos ciudadanos también desarrollan la capacidad de expresarse de manera persuasiva en los debates públicos, con el consiguiente sentimiento de autocontrol y aceptación de la dignidad de los demás. Obviamente, no todos los ciudadanos en las democracias realmente existentes invariablemente satisfacen estos requisitos. Además, algunas -aunque no todas- de estas formas de aprendizaje complejo son igualmente relevantes para convertirse en un buen comunista, o un verdadero creyente en otras doctrinas religiosas o seculares no democráticas. Aunque tales formas de aprendizaje no son necesariamente democráticas en sí mismas, pueden calificar como aprendizaje democrático en la medida en que puedan facilitar la democratización una vez que los incentivos institucionales para ello estén establecidos.

En contraste con esta perspectiva sobre el aprendizaje democrático se encuentra la

idea más tradicional de que la definición de democracia liberal se ha establecido hace tiempo, y los mejores ejemplos son bien conocidos, por lo que todo lo que se necesita es copiar de su experiencia incuestionable. Los acontecimientos actuales en Gran Bretaña, EE. UU. y en otros lugares indican que, por el contrario, incluso las democracias más seguras requieren actualización y reaprendizaje periódico (o posiblemente una reexaminación mucho mayor que eso). Más relevante aquí es la evidencia de Centroamérica (y la primavera postárabe) de que los contextos nacionales realmente importan, y que las supuestas “lecciones de otros lugares” son mucho menos uniformes y fácilmente transferibles de lo que imaginaba la ortodoxia liberal internacionalista del pasado. Tal evidencia discordante ha apoyado a los teóricos de la democracia “aversiva” y a los estudiantes de pensamiento político comparativo, que explican por qué los paquetes auto contenidos de la verdad democrática supuestamente universal descansan en bases conceptuales inestables. Entonces, “aprender” la democracia nunca es simplemente una cuestión de asimilar algunas certezas predigeridas, sino que siempre requiere reflexividad, constructivismo y la internalización de normas enraizadas en la comprensión local.

Siempre sucede que incluso las normas democráticas más convincentes y socialmente integradas deberán coexistir con otras creencias y valores potencialmente rivales: orgullo nacional, convicción religiosa, intereses de clase, divisiones raciales y lingüísticas, etc. Por lo tanto, la

tarea de preservar un fuerte apoyo público para el procesamiento de tales cuestiones por medios democráticos nunca se termina: constantemente surgen nuevas pruebas, y una democracia exitosa siempre debe ser innovadora.

El paso de una generación a otra proporciona una poderosa ilustración de este punto. No importa qué tan profundamente comprometidos estén con las prácticas democráticas, la generación actual de ciudadanos (tal vez reaccionando contra el nazismo o el comunismo o algún otro trauma antidemocrático que hayan presenciado) sus hijos y luego sus nietos no heredarán automáticamente las mismas convicciones. Incluso en las democracias escandinavas más impresionantes, el aprendizaje activo y la resocialización, con adaptaciones a las prioridades cambiantes de las generaciones en ascenso, serán indispensables para mantener el consenso institucional. De lo contrario, como lo ilustra el regreso de la supremacía blanca en algunas partes de los Estados Unidos en la actualidad, las prácticas democráticas pueden erosionarse fácilmente, o incluso desaparecer. Si esto es evidente en algunos de los regímenes democráticos más antiguos y más fuertes del mundo, la necesidad de aprendizaje sostenido, renovación y reactivación de las ideas democráticas es aún más urgente en entornos menos favorables.

Cuando se entiende de esta manera, el aprendizaje democrático no puede reducirse a un simple ejercicio de recitar frases de las lecciones escolares, o aferrarse a las

ortodoxias proclamadas en asambleas públicas. Debe incluir reflexividad, deliberación y compromiso práctico en las experiencias vividas. Los concursos electorales y tal vez el contacto con partidos políticos u organizaciones activistas pueden ser las más frecuentes y formativas de estas exposiciones, pero los sitios de aprendizaje democrático son múltiples: incluyen la familia, el lugar de trabajo, la comunidad local e incluso la asamblea religiosa. Aunque el enfoque general y la ubicación principal para la mayoría de la vida política sigue siendo el estado-nación, el aprendizaje democrático opera tanto en los niveles micro y meso de la vida social como en el macro-establecimiento de la política nacional. Por esta razón, aunque la legalidad y el respaldo normativo del estado de derecho democrático requieren un apoyo firme, la buena ciudadanía implica un compromiso más activo y participativo que la mera obediencia a las autoridades debidamente constituidas. La curiosidad, la imaginación, la inventiva y la promoción de soluciones inclusivas para los problemas colectivos también son atributos importantes que se deben cultivar si se quiere promover la vitalidad democrática.

De hecho, aprender sobre la democracia no debe confundirse con el aprendizaje democrático en el sentido que se discute aquí. Después de todo, es perfectamente posible estudiar principios y reglas democráticas con el fin de identificar sus debilidades, no para promoverlas sino frustrarlas. El interés de este proyecto es con el aprendizaje democrático para un uso beneficioso por parte del público participante en general. Naturalmente, esto

incluirá algo de aprendizaje de la teoría y de ejemplos relevantes de experiencia, pero también debe ser relevante y empoderante para una población diversa y quizás parcialmente no escolarizada, no solo para las élites. Los beneficios del compromiso democrático pueden necesitar ser enseñados a grupos grandes sin experiencia previa de tal acceso. A medida que se internalizan los beneficios de tales lecciones, la democracia puede volverse más espontánea, tener una base más amplia, ser más local y, por lo tanto, defenderse mejor contra las reacciones violentas. Al mismo tiempo, el aprendizaje de la democracia concebido de esta manera nunca puede ser un asunto muy armonioso: debe involucrar desacuerdos y enfrentamientos, rutas equivocadas y retrocesos, y una tensión constante entre la espontaneidad local y la experimentación por un lado, y la cohesión general y colectiva solidaridad por el otro.

Estudiar todo esto más de cerca requiere varios procedimientos de desagregación. Tres encabezados se pueden indicar brevemente aquí: diversas categorías de alumnos; múltiples tipos de lecciones; y canales de transmisión variados. Se puede esperar que las élites antiguas aprendan a adaptarse a la democracia de maneras diferentes a las mayorías anteriormente no involucradas. Sectores particulares se verán afectados según sus funciones específicas. Por ejemplo, el poder judicial, las fuerzas de seguridad y la profesión jurídica se enfrentarán a nuevos requisitos altamente especializados. Los periodistas y operadores de medios acostumbrados a ejercer su profesión bajo

censura o control tendrán la oportunidad de desarrollar formas de comunicación alternativas más abiertas, competitivas y democráticas. Profesores de colegios y universidades también enfrentarán nuevos desafíos. La policía también debe aprender nuevos principios de acción. Los disidentes revolucionarios también deben adaptarse y aprender nuevas formas si quieren florecer bajo condiciones democráticas. Claramente, cuando los alumnos son tan diversos, las lecciones que necesitan difícilmente pueden ser uniformes, aunque deberán ser convergentes.

Entonces se necesitarán diferentes tipos de lecciones según el tipo de grupo de estudiantes en cuestión. En instituciones muy jerárquicas, como la policía y el poder judicial, los procedimientos operativos pueden rediseñarse desde arriba sin demasiada violación de la continuidad, pero los ciclos subsiguientes de capacitación y promoción pueden incorporar diversas formas de aprendizaje democrático. Un método recurrente para restablecer la agenda de tales profesiones es llevar a cabo audiencias de “Verdad y Reconciliación”, que pueden ser altamente educativas en los entornos correctos. Los académicos pueden ser alentados a contribuir al revisionismo histórico diseñado para mejorar la legitimidad del régimen democrático. Los partidos políticos y sus operativos tendrán fuertes incentivos para reposicionar sus programas y sus narrativas. Las asociaciones voluntarias, por el contrario, pueden querer aprender cómo ejercer su autonomía y hacer que sus voces se escuchen por primera vez.

Esta lista de diferentes lecciones obviamente no es más que ilustrativa.

La tercer área de desagregación se refiere a los muchos canales de transmisión a través de los cuales se pueden difundir estas muchas nuevas lecciones a estas audiencias meta tan diversas. El aprendizaje de la democracia puede tener lugar a través de la educación formal, a través de los medios de comunicación, los tribunales o en convenciones constitucionales, asambleas legislativas y conferencias de partidos. Pero también debe estudiarse en entornos menos formales. La familia, el lugar de trabajo, y la comunidad local, incluso el sindicato, también son sitios críticos de aprendizaje y adaptación. Los salones de

élite pueden resultar influyentes en algunos entornos, o las reuniones de las sucursales sindicales pueden ser más importantes en otros. También pueden extraerse lecciones importantes de las experiencias de los países vecinos, por ejemplo, las transmitidas por televisión. Mezclado con todo esto, también habrá iniciativas de “promoción de la democracia” financiadas desde el exterior, y de hecho actividades como el reciente “Foro de Análisis Político” de San Salvador sobre “Riesgos, Retos, y Desafíos de los Sistemas Democráticos en América Latina”, en la que contribuí en abril de 2018.

Agradecimientos a Susana Martínez por la traducción del artículo y a Ricardo Mayén por la revisión del mismo.